

¿Qué izquierda y para qué?

• Jacqueline Peschard •

Preguntarse hoy en México qué tipo de izquierda necesitamos y para qué no es un acto ocioso. A lo largo de nuestra historia, las ideas de la izquierda han tenido influencia sobre el pensamiento político, pero poco han influido en la construcción de las instituciones y en la definición de las políticas públicas.

El agotamiento del modelo de desarrollo estado-centrista en el que los partidos de izquierda financiaron buena parte de sus estrategias de lucha y de su razón de ser, junto con la revaloración universal de la democracia liberal como sistema de gobierno que no estaba en el horizonte de la izquierda tradicional, han obligado a esta corriente a replantearse su identidad y, desde luego, sus formas

específicas de lucha política. El despegue del reclamo democrático de los últimos quince años y la globalización económica son las coordenadas dentro de las cuales hoy tiene que inscribirse la izquierda para conquistar un lugar en la construcción de las sociedades del futuro inmediato.

La izquierda que México necesita hoy es una izquierda con una profunda convicción democrática; que luche en contra de la desigualdad social, pero dentro de los márgenes de las instituciones democrático-liberales, es decir, que promueva el cambio político y social a través de los instrumentos de las instituciones liberales; la negociación, el apego a los dictados de la ley, el reconocimiento de la pluralidad de

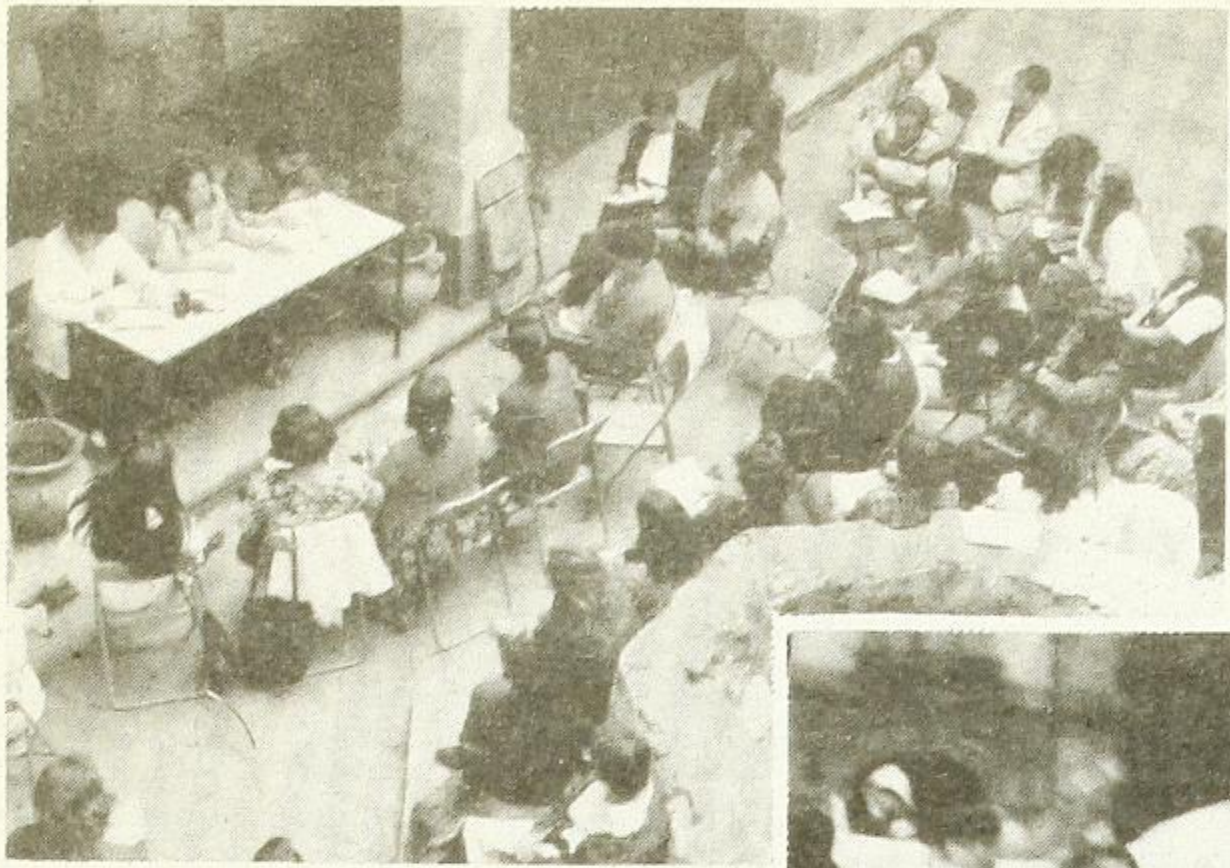
actores. La lucha revolucionaria como opción de cambio ha quedado atrás, cediendo el lugar a la vía de los acuerdos y pactos entre los actores políticos, y a la presión de los grupos sociales sobre las decisiones gubernamentales.

En mi opinión la izquierda en México debe plantear un proyecto político alternativo que consista en una "reideolo-

gización" de la política, pero no en el sentido de conformar cuerpos ideológicos cerrados e inflexibles sino en el de edificar un conjunto de ideas y propuestas que puedan traducirse en un proyecto armado y congruente de sociedad y de Estado. La "reideologización" implicaría extender el ámbito de la deliberación sobre



Foto: Rotmi Enciso



Fotos: Rotmi Enciso



los problemas y los mecanismos para su solución, para a partir de ahí construir un proyecto no sólo deseable, sino viable de sociedad.

Asimismo la discusión y eventualmente la reelaboración de un proyecto económico alternativo sólo puede empujarse desde la izquierda. En este sentido, la izquierda no puede refugiarse en la denuncia de la operación de las instituciones y los actores gubernamentales, sino que tiene que ir más allá y ser eminentemente propositiva. No puede conformarse con la posición típica de la oposición en México que sostiene que el problema no está en las leyes, sino en la aplicación de las mismas. Su contribución al cambio tiene que pasar por un replanteamiento a fondo de nuestras bases normativas. Esto es promover un cambio en el sentido democrático y justo. Sin embargo, al mismo tiempo, la izquierda mexicana tendría que comprometerse con la definición de estrategias para la conquista del poder que le permitieran poner en práctica su proyecto alternativo, es decir, no solamente debe abocarse a rescatar el peso y la importancia de las ideas y del debate de éstas, sino que tiene que comprometerse con la lucha por llevarlas a la práctica.

Todo lo anterior obliga a pensar en una izquierda partidaria que actualmente pretende encarnar el Partido de la Revolución Democrática (PRD), pero está lejos de estar preparado para enfrentar el reto que le plantea el contexto político actual.

Para poder cumplir con los cometidos que la época exige, el PRD tiene que identificarse como partido moderno dejando atrás cualquier coqueteo con prácticas añejas de la izquierda. Por un lado tiene que definirse a favor de la vía institucional como método de lucha sin dejar lugar a dudas. Por otra parte, debe asumirse cabalmente como partido político, asumiendo los riesgos que ello conlleva. Hay dentro del partido del sol azteca corrientes que sostienen que la idea del partido-movimiento, que les rindió frutos en 1988 y, que

concibe que la actividad primordial del partido es abanderar las causas de grupos y organizaciones populares. El problema aquí no reside en que las demandas de las organizaciones y movimientos sociales queden subordinadas a los dictados del partido, sino, por el contrario, que las del partido queden reducidas a las reivindicaciones y las formas de lucha de los movimientos sociales. Para un partido político, movilizar a sus adherentes a favor de ciertas políticas no es el objetivo último, sino una vía para ampliar sus bases sociales, y con ello su fuerza, para ser capaz de alcanzar el poder a través de las urnas, entendiendo lo anterior como el reconocimiento de lo que es un partido político sin oportunismos ni falsas vergüenzas.

El PRD debe abocarse también a la despersonalización de sus estrategias políticas para que sea el proyecto el que oriente su dirección. El liderazgo personalizado de Cuauhtémoc Cárdenas ha sido uno de sus recursos ideológicos más importantes, sin embargo, los partidos sólo se consolidan como tales cuando logran sobrevivir a sus dirigentes fundadores. Además, actualmente la figura de Cárdenas más que servir de elemento aglutinador del partido, como lo fuera en sus inicios, está siendo un factor de diferenciación, y aunque los dirigentes del partido se nieguen a admitirlo, ello puede derivar en una división, más que en una nueva forma de articulación.

Avanzar en su institucionalización como partido político es una de las tareas más urgentes que tiene el PRD si quiere erigirse en una verdadera opción política de izquierda en el contexto del fin de régimen que vive nuestro país. La definición de un proyecto alternativo y la reivindicación de la política como un espacio de debate de ideas son dos cometidos a los que debe abocarse el PRD no solamente para llegar a conquistar el poder, sino para mantenerse como una de las principales fuerzas políticas del país. *fem*